

El Emperador



© Del bienestar de nuestro imperio, 2021

© Rafael Nieves, 2021

© de la ilustración: María Gabriela Lovera Montero

Petalurgia, 2021

Colección Arcania



petalurgia@gmail.com

www.petalurgia.com

@petalurgia

Edición general: Ma. Gabriela Lovera y José Miguel Navas

Selección editorial / Arcania: José Miguel Navas

Diseño, maquetación e ilustración:

María Gabriela Lovera Montero

Licencia Creative Commons:



Reconocimiento / No comercial

Sin obra derivada / 4.0 Internacional

Madrid, 2021

Del bienestar de nuestro imperio





Del bienestar
de nuestro imperio

Rafael Nieves

Colección Arcania

El Emperador



ARCANO IV

I

Me expando, soy eso que es capaz de ocupar todos los rincones de esta casa que somos. El aire que me envuelve se tensa continuamente hacia cada posibilidad que habilito. Nada puede detener la manera en que abarco las cosas. Este es mi reino, aquí soy centro y periferia. Desde mí cualquiera puede ser llamado y escucharse. Transmito cada vibración, cada espasmo. En mi pecho de plata se constituye todo lo que toco, cosas tangibles e intangibles. No soy omnipotente. Pero hago parte de todo aquello que es posible, porque mi cuerpo no solo es mi cuerpo, es el de muchos. Sin importar en qué se crea, qué se piense o se desee, todo lo que toco se encuentra bajo mi protección y cuidado. A lo imposible le concedo voz y forma, porque este es mi reino expandido. Si sangro le doy de beber a la tierra que piso y la hago fértil. Mi lucha no es más una lucha, no combato. Hago posible

lo que es dado, porque sobre mí se cimientan la espada y la pluma como una misma cosa. Soy defensa nada sutil de todo lo que puede llegar a ser con orden y esfuerzo. En cada extremo, cada punto y cada forma me presento. Soy el nombre que organiza. Hago posible la comprensión y la unión del todo. Lo salvaje tiene en mí la seguridad de ser libre porque con mi voz, mi pensamiento y mi acción le doy forma a todo lo que alcanzo, para que exista sin temor a lastimarse. Conozco cada esquina del mundo, cada calor y cada frío. Oriente las naves, coordino el tiempo, anticipo estaciones, organizo el clima. Puedo bautizar todo lo que habita en mi imperio y obsequiarlo como un don, para que comunicarse sea sencillo y directo. Vencedor en todas las batallas, porque aprendo de ellas cuando pierdo. Mi mano se extiende más allá de donde alcanza lo que miro. Dulce y áspera, sostiene con fuerza y ternura todo aquello que pernocta bajo mi sombra.

II

Soñé que corría por algo que parecía el paso entre dos ciudades. Pero a diferencia de ese espacio gigante de nada que se extiende desde el final de un pueblo hasta el otro, esa carretera que se siente despoblada y hostil, o esas autopistas interminables que se pierden en el horizonte como venas hirvientes a través de nuestros países penetrando el territorio, este era un

paso desesperado. Lleno de gentes cruzando en ambas direcciones. Una multitud que fluía como un río que se encuentra de golpe con los accidentes de la rivera. Una piedra grande acá, un remanso allá, un desvío que la vuelve quebrada hasta que recobra su fuerza gracias a alguna pendiente o un nuevo cauce que se suma. A veces una posa o un estanque pequeño, con escollos que nos enseñan que es mejor dejarse ir que llevar la contraria con el cuerpo.

Entonces corría. Por momentos me dejaba llevar, aunque con la claridad de saber a dónde iba. La meta siempre firme de alcanzar otra orilla. En mis sueños las cosas casi siempre van por etapas. Primero, me instalo en una sensación muy concreta y solo después de haberme identificado con la angustia que le corresponde a esa situación, se van sucediendo de forma continua una serie de agravantes que me obligan a despertar o a luchar indefinidamente, hasta lograr vencer el horror que se avecina de manera anticipada. Porque en mis sueños reconozco con facilidad todos los desenlaces posibles. Y siempre me decanto mejor por la lucha, ya que si despierto antes de algún desenlace, mi mente queda sometida por un tiempo incierto a una profunda sensación de fracaso. Me hundo sin esperanza alguna en el dolor de una pérdida que no distingue entre el sueño y la vigilia. Entonces vale muchísimo la pena no abrir los ojos, no ceder ante las ganas de ir al baño o la presión por adelantar alguna tarea pospuesta para ese nuevo día, sino más bien intentar darle forma a ese

reto que mi mente me coloca poco antes de despertar por completo, y ocuparme de algo que podría ser fácilmente catalogado como más real. Como si mi cabeza pudiera distinguir entre mis fracasos cotidianos y los naufragios del sueño.

Esta vez, estando instalado en la dinámica del ajetreo que implica sumergirse en un río de personas cada vez más desesperadas por cruzar de una ciudad a la otra, con todo lo que esto conlleva, y una vez ajustada mi expectativa de avance a esta circunstancia de asfixia, el universo me regala una forma superior de angustia. Pues ahí cuando era más fácil dejarse seducir por el bamboleo y danzar dentro de una multitud frenética, es cuando comienzo a percibir el entumecimiento de mi brazo izquierdo, a la altura del hombro. Resentido e incapaz de resistir por más tiempo la tirantez. Porque estando así estirado hacia atrás, me doy cuenta (aunque ya lo sabía como un presagio reincidente) que mi mano se encuentra sujeta con fiereza a otra mano más pequeña que suda y se queja. Porque una mano de niña pequeña puede quejarse y decirte que te ama al mismo tiempo. Pedirte compasión y expresarte con mucho miedo que le duel, pero que está aterrada de que la sueltes. Entonces en esa situación ya no hay duda. Ha comenzado abiertamente la segunda fase del sueño. Una donde no tienes el permiso que tenías antes de dejarte ir con la corriente o despertarte haciendo explicaciones en tu cabeza de que obviamente todo era un sueño y no opera frustración posible,

porque tu cuerpo no es tu cuerpo. Que no es tu cuerpo físico el que duele, sino un cuerpo de la mente que se resiste a dejarse llevar por una multitud enloquecida o dolerse por un cambio de ciudad o cruce de frontera.

Ahora se trata de ese otro cuerpecito que, aunque no puedes ver completamente te duele más que si fuera el tuyo. Y se te olvida de inmediato que estás en un sueño. No existen más preguntas y la trampa de saber que podrías hacer lo que quisieras ya no es posible. Salir volando juntos, abrazando a tu pequeña lejos de esa realidad terrible o envolverte junto a ella en un abrigo poderoso, como lo haces para restarle valor al frío de esta ciudad nueva con muchos grados por debajo de la tuya. No, ya no hay más salida que luchar con las herramientas pobres que nos deja esta realidad escasa. Incluso cuando estando despiertos ha sido nuestra voluntad de vivir poéticamente la que nos ha mantenido a salvo de todas las pérdidas. Nuestro sueño es supremamente más cruel y doloroso. Más sin salida. Pero la mente aún no lo sabe y quedamos totalmente desarmados. Sentimos como un latigazo ardiente que nuestro pecho de plata se hunde. Que nuestro imperio se derrumba. Que de alguna manera este es un tiempo de sacrificios, de valor y de mucha reorganización de pensamientos. Y nos toca de alguna forma ir abriendo los ojos con lentitud o no abrirlos todavía. Permitir que las lágrimas se vayan solas, intentando encontrar un final feliz a la historia, pero ya en vigilia. Sabiendo que esa batalla de la cabeza la tenemos perdida de muchas

maneras y que tendremos que caminar durante el día con un par de cicatrices nuevas bajo nuestra armadura de plata. Ir retomando nuestro reino desde el agradecimiento por entender la distancia que existe (así sea breve) entre lo tangible y lo que albergamos durante el sueño. Aceptar, así nos duela, que toda forma de orden lleva implícito un pequeño sacrificio de libertad y que algo de ese dolor se traduce siempre en bienestar en nuestro imperio.

III

Quiero ser la base firme sobre la cual se reconstruya y sustente una armonía entre los opuestos. Una mesa sobre la que se suscriban todos los acuerdos posibles. Una fuerza poderosa que sostenga la mano de todos los que aman y desean la paz y el florecimiento de la vida. Ser un orden que respeta. Todas las esquinas del refugio de esos seres que se quiebran y se quieren. La palabra adecuada que nombra todo lo que se puede conocer de cerca o de lejos. Quiero estar, ser concreto. Ocupar un espacio en la mesa de todos los que necesitan la fuerza de mi abrazo. La voz en una canción recia pero sutil. Dedos diestros en un instrumento con la afinación apropiada. Roce tibio en la espalda a medianoche, viento tenue que refresca la frente a mediodía. Acompañante confiable para las bases de un intercambio sincero. Equilibrio exacto para las

cosas que merecen nuestra atención y el justo orden. Llegar casi tan lejos como lo que no se nombra, para sostener la fe en que todo lo que nos propongamos ha de ser posible. Sostener sobre mis hombros ese peso inmenso, pero solo el tiempo que haga falta para que todo pase y sea de nuevo el día. Y después descansar en un exilio voluntario, celebrando cómo reinan los justos, cómo aman los amantes, cómo florece un imperio fuerte y estable de hijos tenidos en tiempos de una paz más estable y verdadera. Y ofrecer siempre una mano firme necesaria, sin que su fuerza nos lastime.



RAFAEL NIEVES. Lector del Tarot. Interesado en la escritura creativa y en la ampliación de la consciencia, a través de la revalorización del imaginario sensorial. Coreógrafo, intérprete y docente especializado en improvisación, trabajo de contacto y técnica de soltura. Músico ejecutante de la bandola llanera y otros instrumentos de cuerda, con repertorio basado en temas de tradición popular y contemporánea.



www.petalurgia.com
petalurgia@gmail.com
[@petalurgia](#)